

AUTOCOMPASION

UNO de los vicios nacionales menos catalogados es el de la autocompasión. El español tiene una considerable pena por sí mismo. Y le gusta exhibirla. Es un pueblo con una amplia literatura dedicada a la queja. Ayes, plañidos y lamentaciones forman lo esencial de nuestra poesía lírica y de nuestra tragedia. Los antiguos mendigos, de tanta prosapia medieval, crearon una forma lingüística admirable para su autocompasión: la tercera persona. Hablaban de sí mismos como si fueran otros: "¡Socorra a quien no se lo puede ganar!", decía el tullido. "¡Ayude al pobrecito ciego!". El mendigo desdoblaba su personalidad en dos: uno era el que sufría, otro sus "relaciones públicas", su propagandista. De esta forma daban una elegancia teatral —una distanciamiento al estilo de Brecht— y evitaban la autocompasión directa.

Podría decirse que ahora apenas hay mendigos, si no fuera por la reflexión más aproximada a la realidad de que todos nos hemos convertido en mendigos. Todos los sectores están en crisis y todos piden ayuda, con su lenguaje de terceras personas —utilizando organismos, entidades, portavoces, manifiestos— mostrando una considerable autocompasión. La ayuda se pide al Estado. Si caemos en la cuenta de que el Estado somos nosotros —aunque no lo parezcamos, y aunque el Estado no lo crea—, resulta que nos estamos pidiendo ayuda unos a otros. En este caso, la ficción utilizada tiene el nombre de Estado.

Nos vamos así moviendo hacia una política de subvenciones, estímulos, protecciones, ayudas o como se vayan llamando estas cosas que a veces da un poco de vergüenza. Ya sé que el otro sistema, el de la ley de la jungla, el de la supervivencia del más fuerte, tiene todos los riesgos del liberalismo económico que sesudos varones han considerado ya. Pero también ha sido condenado por los clásicos el sistema del "Estado-providencia".

Lejos de mis posibilidades buscar soluciones o fórmulas. Pero sí señalar como muy peligroso este vicio de la autocompasión. Poco a poco, nos vamos convirtiendo en un pueblo de inválidos. Se está utilizando la expresión de "hospital de Bancos" para la fórmula que tiende a ayudar a los que están enfermos. Pronto el país va a ser un inmenso hospital de todo: no se oyen más que gemidos y lamentaciones.

El que muchas de estas lamentaciones se mezclen con voces iracundas va siendo un cierto síntoma positivo. El de que se puede pasar de la actitud del mendigo suplicante a la del ciudadano activo. Con el riesgo que tiene siempre el ciudadano activo de que su queja convertida en protesta tenga una represión inmediata que le envíe al hospital de verdad, y sus gritos sean de dolor. El mendigo, en la mayor parte de los casos —salvo la picaresca— era en realidad alguien pasivo inevitablemente, sin "podérselo ganar", sin posibilidades reales de salir de su postración, necesitado de la ayuda del exterior. El ciudadano tiene que ser otra cosa. No podemos convertirnos en un pueblo de mendigos que, a cada nueva aventura fracasada, a cada fallo de la vida, nos pongamos a pedir subvenciones, ayudas, estímulos o protecciones. Esto es, limosnas. De alguna forma debíamos reflexionar sobre nuestra autocompasión. Aunque el final sería que nos causara compasión nuestra autocompasión. ■

POZUELO

Quince días de encierro
en casi toda España

LOS ASISTENTES SOCIALES

LOS alumnos de las Escuelas de Asistentes Sociales de casi toda España han protagonizado un largo encierro en sus centros. Con ellos se han solidarizado un buen número de profesionales, que incluso han llegado a la huelga en algunas provincias.

Los motivos de la protesta son diversos. El más importante, sin duda, hace referencia al intento del Gobierno de recortar a las funcionarias de la Sección Femenina del Movimiento, para encontrarles sitio y plaza en la nueva situación. ¿Qué hacer con la Sección Femenina, cuando oficialmente la Sección Femenina ya no existe? Muy fácil. El Gobierno se saca de la manga una Dirección General de Desarrollo Comunitario —dentro del Ministerio de Cultura—, en la que coloca al antiguo personal femenino del Movimiento, les ofrece un cursillo de cinco días y así aleccionadas les ordena evangelizar a las masas de las maravillas políticas y sociales de la UCD. La solución, hay que reconocerlo, es imaginativamente pía.

Todos los países capitalistas desarrollados cuidan de una u otra forma lo que pudiéramos llamar la "acción social". Destinan presupuestos especiales al mantenimiento de unos locales y de unas personas encargadas de esa misión. Se trata de cubrir con la iniciativa pública aquellos espacios sociales marginados o en vías de marginación por la propia dinámica social. España carecía de algo semejante, pero con el invento de la Dirección General de Desarrollo Comunitario ya lo tiene. Alcanzada, pues, la homologación con Europa en este terreno.

Había también unas personas y unos locales que la reforma había dejado sin nombre y apellidos, y que hacía ya años que no servían absolutamente para nada. Ahora, UCD intenta que sirvan para algo: llevar su influencia a los barrios y zonas rurales, donde UCD no goza de ninguna simpatía. Al mismo tiempo evita que los locales sean reclamados por asociaciones de vecinos u otras organizaciones populares.

Las asistentes sociales (una profesión que está dejando de ser "eminentemente femenina") consideran que el desarrollo comunitario es un área propia de su profesión, que en todo caso, ese trabajo social no puede ser impuesto desde arriba y monopolizado por un sector con una ideología muy concreta y determinada, utilizando además para ello a unas personas sin preparación adecuada. Muchos asistentes sociales están en paro: 3.000 sobre 7.000 titulados que hay en toda España no encuentran trabajo propio de su profesión.

Otra razón de la huelga y de los encierros es la exigencia de nivel universitario para los estudios de asistente social, vieja reivindicación continuamente desoída por la Administración, y el rechazo del actual sistema de reválida para acabar la carrera. A todas estas reivindicaciones, el Ministerio de Cultura no ha dicho ni pío, al menos por el momento.

La situación general de la profesión puede agravarse en los próximos años. El país necesita del trabajo que pueden desempeñar los asistentes sociales, pero el Gobierno de UCD —continuista en esto, como en tantas otras cosas, de los peores Gobiernos de Franco— no ve con buenos ojos a unos profesionales cada día más conscientes del origen de casi todos los desequilibrios sociales y que han hecho de su profesión —salvo excepciones— un instrumento de progreso al servicio de los sectores sociales más conflictivos para el poder constituido. La UCD prefiere la Sección Femenina y se niega a reconocer a los asistentes sociales el derecho a una enseñanza digna dentro de la Universidad. ■ J. Z. T.